

CAPITULO III

PSICOLOGÍA PLATÓNICA EN RELACIÓN CON LA TEORÍA DE LAS IDEAS GENERATRICES DEL ALMA

I. El alma inteligente del mundo.—II. Las almas particulares.

I

Siendo toda cosa la realización de una Idea, el alma, en general considerada, debe también tener su Idea, de la cual participe. Necesariamente, la Idea del alma, á su vez, no siendo la Idea primera, se reduce á otras Ideas, que son como sus elementos inteligibles. Platón determina en el *Timeo* estas Ideas, esencias integrantes del alma ó razones de su inteligibilidad. «Dios hizo el alma superior al cuerpo, tanto en edad como en virtud, para que ella supiese dirigirle y hacerse dueña suya (1). Veamos de qué y cómo la hizo. De la esen-

(1) Se trata del alma *inteligente*, como se verá por lo que sigue. El alma simplemente motora, madre de la generación, está simbólicamente representada como anterior al mundo. Pero el alma inteligente y el orden del mundo han nacido á la vez; están unidos como la causa y el efecto. Esto es lo que no ha querido comprender Aristóteles, que echa en cara á Platón el haber hecho el alma posterior al movimiento y contemporánea del mundo. El alma inteligente, sí; el alma motora, no. *Metaphysica*, XII, (XI), 6.

cia indivisible y siempre idéntica, y de la esencia que se hace divisible al unirse con los cuerpos, formó, mezclándolas, una tercera esencia intermedia, participante de la naturaleza de lo *mismo*, que pertenece á la primera, y de la naturaleza de lo *otro*, que pertenece á la segunda. Colocó la esencia mixta entre las otras dos, que no hubieran podido unirse sin este término medio; después juntó las tres esencias, de modo que reuniese el todo en una sola forma ó *idea*. Así, pues, combinó violentamente la naturaleza inexcrutable de lo que es diverso con lo que es lo mismo; y habiendo mezclado los dos con la esencia, de estas tres cosas formó un todo único. Dividió entonces el todo en tantas partes como era conveniente, y resultó que cada una contenía lo *mismo*, lo *diverso* y la esencia.»

Tales son los elementos del alma, que se pueden llamar, con Aristóteles, *στοιχετα*, á condición de que se comprenda que se trata, no de elementos materiales y realmente separados, sino de elementos inteligibles, de Ideas distintas, de las cuales participa el alma. Estas ideas son tres: la de lo mismo, es decir, la unidad; la de lo diverso, es decir, la pluralidad ó la *dyada*, y la esencia intermedia, que Platón acaba por llamar simplemente la *esencia*; porque toda esencia es una comunicación de lo múltiple con lo uno, y un término medio entre estos dos contrarios. A la Idea de unidad corresponde en el alma la parte indivisible, que es como el elemento monádico del alma, es la *forma determinante* de que habla el *Filebo*. A la Idea de lo múltiple y de lo diverso corresponde la parte divisible y como material del alma, el elemento dyádico: es la materia indeterminada. Finalmente, se encuentra en el alma la esencia, á la vez una y múltiple, el género *mixto* del *Filebo*, que es, propiamente hablan-

do, la *esencia*. En cuanto á la causa de la mezcla, es Dios.

Aristóteles tiene, pues, razón al decir que los elementos de todas las cosas están reunidos por Platón en el alma, y nos da la razón de esta mezcla. Para que el alma pueda conocer todos los géneros, es preciso que participe de todos: tal era el principio de Platón. El conocimiento, en efecto, supone entre el sujeto y el objeto una analogía y hasta una identidad, que no excluye la diferencia. Sabemos que la identidad no es para Platón la absoluta unidad. No hay ciencia verdadera sino cuando el pensamiento, provocado por el mundo exterior, halla en sí mismo el objeto de su propia ciencia. Saber, es reducir todas las cosas al pensamiento y al alma. Luego es menester que el alma incluya los elementos *inteligibles*, únicos objetos del conocimiento.

La tercera hipótesis del *Parménides*, que parece relacionarse con el alma, considera también tres géneros ó elementos reunidos en uno solo: lo *uno*, lo *múltiple* y lo que es *uno y múltiple*. Parménides hace ver que lo que de aquí resulta, es el movimiento en el tiempo y en el espacio, así como las demás especies de cambios. Y, en efecto, el alma se define: lo que se mueve á sí mismo y mueve todo lo demás. El pensamiento mismo, el pensamiento finito, es un movimiento.

Hay en el alma dos especies principales de cambio, que corresponden á su parte indivisible y á su parte divisible. Platón las llama el movimiento de lo mismo y el movimiento de lo otro, y atribuye á cada cual uno de los círculos del alma. Puede también producirse un movimiento intermedio, que corresponde á la *esencia mixta*.

Estos movimientos no son otra cosa que las diferentes operaciones de la inteligencia, como lo prueba el *Timeo*: «Cuando la razón tiene por objeto lo que es racional y lo que es el círculo de lo mismo, girando en torno suyo, descubre al alma; la inteligencia y el conocimiento tienen lugar necesariamente.» Este círculo de lo mismo no es, pues, otra cosa que la razón. El movimiento de la razón, que se repliega sobre sí mismo para contemplar en su interior las Ideas, ¿no es como un *movimiento inmutable* por su uniformidad y su regularidad? El pensamiento intuitivo se hace análogo á su objeto; concibiendo la unidad, se hace semejante á ella, y la forma que toma el alma en este acto intelectual es lo que Platón llama *la esencia indivisible y siempre idéntica*, ó λόγος. Esta razón pura es muda; este verbo interior no tiene voz; por una silenciosa mirada percibe la inteligencia en sí misma un rayo de la verdad eterna.

El segundo círculo del alma es el de la *opinión*: ejerce el *movimiento de la diversidad*. En su relación con los objetos compuestos, cuya esencia es ser divisible, el espíritu se ve obligado á dividirse, por decirlo así, como ellos. Porque todo acto de conocimiento es una especie de asimilación entre el sujeto y el objeto. ¿Cómo lo que es absolutamente uno é indivisible podrá pensar lo múltiple, lo divisible y lo mutable? Por lo semejante se conoce á lo semejante. Para que Dios mismo pueda conocer la pluralidad, es menester que la contenga eminentemente en su perfección. Así, hemos visto que todo sistema exclusivista que se funde en la movilidad pura ó en la pura inmovilidad, destruye por este mero hecho el conocimiento en el hombre y en Dios. Si conocemos la multiplicidad sensible, es porque nuestra alma la encierra eminentemente en

su unidad. Indivisible en sí misma, su esencia se hace divisible por su relación con la materia. Cuando el círculo de la opinión, aplicándose á los objetos sensibles y recorriéndolos en todos sentidos, está regulado por el círculo de la razón, entonces se forman las opiniones y las creencias verdaderas y sólidas.

Hay una tercera forma del conocimiento: el *pensamiento discursivo*, *διάνοια*. Esta facultad intermedia no tiene por objeto ni lo puro sensible ni lo puro inteligible, sino los números intermedios, los conceptos generales y abstractos, las nociones matemáticas ó lógicas. Esta forma del conocimiento resulta del concurso de las otras dos. Es necesario que los dos grandes círculos del alma se muevan á la vez, para que el alma observe las relaciones contrarias que existen entre la realidad sensible y la realidad inteligible. Mas para esto no se ha menester de un círculo particular. Platón no lo atribuye al pensamiento discursivo, que sólo versa sobre objetos irreales. «Cuando el alma encuentra á la vez la esencia indivisible (por el círculo de razón) y la esencia divisible (por el de la opinión), ejerce un movimiento en toda su extensión (porque todas sus facultades se mueven á una); pronuncia juicios sobre la identidad, la diferencia, la relación, el lugar, el tiempo y el modo con que su objeto es ó padece, ya considerado por respecto á las cosas particulares y sujetas á la generación, ya por respecto á las que siempre son idénticas.» Por medio de estas nociones generales (que Aristóteles llamó después categorías) la *διάνοια* enlaza lo particular con lo universal é introduce en nuestros conocimientos la unidad lógica, que no es ni la multiplicidad real de la sensación, ni la unidad real de la Idea.

Ahora bien; si el alma inteligente se hace, necesari-

riamente, semejante, en cuanto su naturaleza se lo permite, al objeto que concibe (divisible, concibiendo lo divisible, Idea, concibiendo la Idea), así también la esencia mixta de los géneros lógicos forma en algún modo parte del alma, y se puede decir que hay en ella una naturaleza mixta, en la cual la divisibilidad de la sensación se combina con la simplicidad de la Idea pura. Reducir lo sensible á lo inteligible, la multiplicidad á la unidad, lo individual á lo universal; definir, dividir, generalizar, razonar: tal es el resultado de los géneros intermedios, tal es la función de la esencia mixta del alma.

Triple en sus potencias intelectuales, porque es la realización de tres Ideas (lo uno, lo múltiple y la relación de lo uno con lo múltiple), el alma puede llamarse, bajo este aspecto, una especie de *número*; pero no es un número abstracto como los de las matemáticas; es un número real y viviente, que se mueve á sí mismo.

El alma ¿es, pues, múltiple y divisible? Sí y no. La división en el espacio no puede convenir más que á una sustancia extensa, y el alma no puede ser dividida físicamente en muchas partes de la misma naturaleza que el todo, susceptibles de una existencia aislada. El alma es, por consiguiente, indivisible bajo este aspecto. Pero el alma es divisible lógicamente y hasta matemáticamente, según los números, cuya ley sufre, como todo lo que no es la unidad absoluta. Contiene en sí una multiplicidad de atributos distintos, aunque inseparables; y á pesar de ser idéntica en el fondo, como el mismo Platón demuestra, está igualmente sujeta al cambio por la movilidad de sus pensamientos, de sus sentimientos y de sus actos.

Este doble carácter de unidad y de multiplicidad

hace al alma mediadora entre la materia y las Ideas. Ejerce siempre, según doctrina de Platón, el oficio de término medio. La pura inteligencia, que se confunde con las Ideas mismas, ó al menos con la *Idea de la ciencia en sí*, no podría descender sin intermediario al cuerpo, porque la pura inteligencia, con relación á la multiplicidad corporal, es una unidad demasiado perfecta, demasiado próxima á la Unidad absoluta. El alma, que es múltiple por respecto á la materia, es el medio armónico de que Dios debía valerse para hacer descender la inteligencia al cuerpo.

II

•En el mismo vaso (el espacio) en que habia compuesto el alma del mundo, Dios echó el resto de esta primera mezcla, y los unió casi del mismo modo. La esencia de vida, en lugar de ser tan pura como antes, lo era dos y tres veces menos. Habiendo acabado el todo, Dios lo dividió en tantas almas como astros hay, dió una á cada uno de ellos, y haciendo subir estas almas como en un carro, les hizo ver la naturaleza del universo y les explicó sus decretos irrevocables. El primer nacimiento será el mismo para todos, á fin de que ninguno pudiese quejarse de Dios; cada alma, colocada en aquel de los órganos del tiempo que mejor conviene á su naturaleza, llegará á ser, necesariamente, un animal religioso; siendo doble la naturaleza humana, el sexo que se llama viril será su parte más noble. Cuando, por una ley fatal, las almas se unan á los cuerpos, y estos cuerpos reciban incesantemente nuevas partes y pierdan otras, estas impresiones violentas producirán la sensación... La justicia consistirá

en domar sus pasiones, la injusticia, en obedecerlas. El que pase honestamente los días que se le concedan de vida, volverá después de su muerte hacia el astro que le está destinado, y compartirá su felicidad... Cuando Dios hubo dado estas leyes á las almas... difundió á unas sobre la tierra, á otras, en la luna, y al resto, en los demás órganos del tiempo.» Los dioses secundarios, es decir, los astros, fueron encargados de añadir al principio inmortal una parte perecedera y de ordenar los cuerpos mortales.

Según este pasaje, nuestra alma ha vivido primero en comunicación íntima con la del astro que nos está reservado. El alma humana, por ejemplo, es emanación de una gran alma colectiva, que ha sido confiada á la tierra. Según el texto del *Timeo*, esta alma colectiva, cuyas partes son las diferentes almas humanas, no debe ser confundida con el alma de la tierra misma. Mas es permitido creer que esta distinción aparente venga de la personificación mística de los astros, á los cuales Dios dirige la palabra como si estuviesen dotados de un alma. Es probable que, conforme á la doctrina pitagórica, Platón haga de nuestras almas como emanaciones del alma sideral. Esta, á su vez, debe ser considerada como una parte del alma ó de la vida del mundo, así como, en definitiva, las almas individuales tienen su origen en el alma universal. El *Timeo* las representa como *restos de la primera mezcla* y parece separarlas del alma universal; pero todo este relato es demasiado simbólico para que se pueda conceder importancia á los detalles. La doctrina de Platón, en sus restantes diálogos, es que las almas individuales reciben su ser del alma universal. «El hombre tiene un alma, dice Sócrates en el *Filebo*; ¿de dónde la hubiera recibido si el universo no hubiese

tenido también un alma que poseyese los mismos atributos y más perfectos aún?» El *Fedro* y el *Filebo* confirman esta doctrina.

Por otra parte, el alma universal es, ó una emanación inmediata del alma divina, ó el alma divina misma (como parece indicar el libro X de las *Leyes*). Luego el origen de las almas individuales, mediata ó inmediatamente, ocupa el último lugar en el alma divina. El alma divina, por su fecundidad, produce almas que encierran en sí mismas otras almas y las engendran á su vez. El Viviente universal comprende en sí mismo todas las especies de animales, como la Inteligencia divina comprende todas las Ideas. La generación de las almas es un desarrollo progresivo y como una caída de las mismas desde Dios hasta los cuerpos, adonde las nuestras van destinadas. Así como una Idea se desenvuelve por el análisis en una multitud de Ideas, de la misma manera el alma divina engendra el alma del mundo, que se divide para dejar aparecer las almas de los astros, y éstas, dividiéndose nuevamente, forman las almas de los animales. Todas estas almas preexistían unas en otras, las más particulares en las más generales: no las hace aparecer en el momento conveniente una creación, sino más bien una especie de expansión del alma universal, de evolución de la vida, de especificación progresiva, dejando ver poco á poco todas las almas que Dios había reunido en su seno.

Así que el alma en general está representada en el *Fedro* como sin principio ni fin, porque el movimiento mismo, efecto del alma, no ha tenido comienzo. Habiendo preexistido en el alma universal todas las almas individuales, se puede decir que disfrutaban también el privilegio concedido al principio del movimiento.

Ahora bien; ¿han preexistido las almas con su individualidad y su personalidad? Difícil es responder. Solamente podemos afirmar que han vivido ya una multitud de vidas, quizá una infinidad. Acaso también hayan existido primero virtualmente en el alma común, y en este momento no tenían aún personalidad; después se han individualizado entrando en relación con la materia y sujetas á favorables condiciones.

El pensamiento de Platón debía estar indeciso y flotante sobre estas cuestiones, como lo demuestran los símbolos que acumula para dispensarse de una explicación científica.

Uno de los puntos más oscuros de su doctrina, es el de la incorporación de las almas. ¿Por qué el alma individual se separa del alma universal, con la cual estaba primitivamente confundida? Hállanse en Platón, como en Plotino, dos doctrinas diferentes. Según el *Fedro*, la incorporación es una caída ó una consecuencia de la caída de las almas, lo cual parece poco claro. Según el *Timeo*, Dios lanza las almas al mundo real y les inspira el deseo de entrar en los cuerpos para depositar en ellos sus formas y avivar la llama de la vida. Esta doctrina es más profunda y más conforme al genio de Platón. «Hay una ley fatal, dice, que hace descender las almas á los cuerpos.» Es, pues, una necesidad de su naturaleza, y no un accidente. Toda alma individual existía primitivamente y en esencia en el alma universal, pero sin confundirse con ella; conservaba su carácter propio, si no personal. Ahora bien; por lo mismo que se distinguía de ella, debía tender y tendía, en efecto, á separársele, para desarrollarse de una manera independiente. En este movimiento de expansión libre, se alejó indefinidamente del alma del mundo, encontró el principio

opuesto al alma, la materia, y se estableció en ella, después de haberla informado. Este encuentro es un efecto natural de la potencia de desarrollo inherente á lo que se mueve perpetuamente á sí mismo. El alma individual, siendo como el alma universal un principio fecundo, tiende á desenvolverse exteriormente y á producir; pero, como es distinta del alma del mundo, esta distinción, ya real en el principio, se marca con más fuerza y llega á ser una verdadera separación en el desarrollo. En esto las almas no hacen más que seguir la ley común, que exige que la unidad se desarrolle en multiplicidad y que la multiplicidad vuelva á la unidad.

Una vez descendidas á la materia, las almas se revisten de diferentes cuerpos, según su perfección mayor ó menor. Los animan y les imprimen su forma, hasta que el compuesto material, momentáneamente sometido á su acción, se disuelve al fin por la muerte. El alma, así separada de su cuerpo, según que se manille más ó menos al contacto de la materia, entra en el alma de los astros ó anima cuerpos nuevos. Esta es la metempsicosis, que no juzga Platón un mero símbolo, como lo prueba su doctrina de la reminiscencia. El número de las almas, dice en la *República*, no puede ni disminuir ni aumentar; porque si el número de seres inmortales se hiciese mayor, estos nuevos seres sólo podrían derivar de lo que anteriormente era mortal, y todas las cosas se harían de esta manera inmortales con el tiempo. Luego el número de almas no puede cambiar; y de aquí la necesidad de la metempsicosis para explicar el cambio de las formas y el movimiento de la vida. El alma pasa de un cuerpo á otro y experimenta todo género de cambios; es un huésped que habita sucesivamente en muchas casas

sin fijar su domicilio en ninguna. Si la vida no renaciese de la muerte, todos los seres caerían muy pronto en la nada, al menos todos los que pertenecen al mundo del tiempo y del cambio.

Preguntemos, pues, resumiendo esta doctrina sobre el alma, cuál es su relación con la teoría de las Ideas y la dialéctica. ¿No hallamos, hasta en la historia del alma y de su origen, las ideas metafísicas más gratas á Platón? Las diversas almas tienen caracteres comunes y una definición común, que es la facultad de moverse á sí mismas, el poder de la causa activa; luego hay una Idea eternamente existente de la cual todas las almas participan. Esta Idea es una de las perfecciones de la naturaleza divina, y está para siempre realizada en el ser completo. Consiguientemente, hay en Dios la Idea del alma, el alma en sí, que no es solamente un pensamiento divino y un puro posible, sino una perfección real y actual, y, por tanto, un alma real. La Idea de actividad es la actividad misma del ser eterno.

Bien así como la Idea de la ciencia es la ciencia divina, la Idea del alma es el alma divina. En esta Idea, la inmovilidad y la potencia motriz existen bajo una forma eminente. El alma divina, sin moverse á sí misma con un movimiento real, es capaz de producir el movimiento en el seno de la materia y del espacio, y de realizar así la generación. Ahora bien; Dios conoce eternamente la posibilidad de obrar que reside en sí mismo, y que es su alma; eternamente concibe que esta acción es buena y que las leyes motoras, combinadas con las leyes de la inteligencia, pueden producir una obra hermosa y digna de él; eternamente realiza lo que ha concebido como digno de llevar al bien, y engendra en el seno de lo posible una ima-

gen del alma divina, que es el alma del mundo, alimentadora de la generación (τιθίγειν). Si el alma del mundo fuese simplemente motora, sería el reino de la Necesidad y del caos; pero Dios realiza en esta alma una imagen de la inteligencia, y entonces, convertida en un alma inteligente, el alma se mueve y mueve todas las cosas con un movimiento regular; el tiempo, los astros, el orden del mundo, el cosmos, atestiguan la acción constante de un alma racional.

La Idea del alma, el alma en sí, encierra en sí misma una multiplicidad inteligible de otras almas, que son como sus especies, sus partes, sus determinaciones diversas. De la misma suerte, el alma del mundo, para ser conforme á su modelo, debe comprender virtualmente una multitud de almas particulares, distintas entre sí sin estar separadas. Mas es necesario que el principio universal de vida desarrolle á todos los *vivientes*, á todas las almas que contiene, á fin de que el *universo sea verdaderamente universo*, y de que todo lo posible sea realizado. De ahí esta ley fatal que impulsa á las almas particulares á separarse del alma común, á individualizarse cada vez más en el seno del cuerpo, á querer vivir.

Pero entre lo universal y lo individual está lo general, que sirve de intermedio. Del alma universal no puede salir inmediatamente tal ó cual alma humana; sería esto contrario al orden regular y continuo de la dialéctica. Luego hay que interponer entre los dos extremos términos medios: serán las almas generales atribuidas á cada astro; después, en estas almas, otras menos generales, por ejemplo, el alma de la humanidad, el alma viril, tipo de todas las almas inferiores. El alma viril contiene en sí misma las fuerzas del alma femenil y del resto de los animales, que no son sino sus

imágenes más ó menos imperfectas. «Los animales tuvieron todos el mismo origen, dice Platón, y recibieron la misma forma (la del alma viril), para que ninguno de ellos pudiese acusar á los dioses de una injusta repartición.» En el alma general de la humanidad se desenvolvieron las almas individuales: primero, las de los hombres; después, por caídas sucesivas, las de las mujeres y demás animales.

La caída de las almas es, como vemos, una dialéctica descendente, que va de lo universal á lo general, y de lo general á lo particular. Si subiésemos esta escala dialéctica, hallaríamos en la primera grada las almas individuales; en la segunda, el tipo general del alma viril; después, las almas generales de los astros, el alma universal del mundo, y, finalmente, la Idea del alma ó la Vida divina, de la cual todas las demás participan, de la cual todas derivan, á la cual se esfuerzan todas por volver, conforme á la ley providencial de la Reminiscencia y del amor, descrita en el *Banquete*.

La dialéctica descendente es la caída de las almas, es la unidad desarrollándose en multiplicidad, es la obra de la creación; la dialéctica ascendente es el retorno á la unidad, es el desarrollo nuevo de las alas que el alma habrá perdido, es la obra de la Providencia.
